

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

INVITACIÓN AL CRISTIANISMO

Experiencia y verdad

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2018

© Ediciones Sígueme, S.A.U.
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1998-1
Depósito legal: S. 188-2018
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
1. DIOS Y LA CUESTIÓN DEL FUNDAMENTO	13
1. La cuestión del fundamento	13
2. Los fundamentos de la cultura recibida	16
3. Las causas de la conmoción de los fundamentos	18
4. Caminos hacia Dios	24
5. La novedad del siglo XXI respecto del siglo XX	30
6. La pregunta por Dios desde el hombre y por el hombre desde Dios	33
2. LA EXPERIENCIA CRISTIANA. ORIGEN, CONTENIDO, TRANSMISIÓN	35
1. La categoría de experiencia. Origen - Creer	35
2. Dimensiones objetivas de la experiencia cristiana: sus elementos constituyentes	47
3. La transmisión del cristianismo en cuanto experiencia	59
4. La fe: contenidos, sujeto, realización	74
3. LA PRETENSIÓN DE VERDAD DEL CRISTIANISMO	79
1. El cristianismo ante la secularización de la conciencia	84
2. El cristianismo ante el pluralismo ideológico	88
3. El cristianismo ante las grandes religiones	94
4. La propuesta cristiana: Jesucristo	100
4. DIOS EN EL CRISTIANISMO	107
1. El don, primera categoría identificadora de Dios en el cristianismo	107
2. El perdón, segunda categoría identificadora de Dios en el cristianismo	113
3. El misterio del Dios trinitario	127

5. JESUCRISTO: DE LA PLENITUD DE DIOS A LA PLENITUD DEL HOMBRE	139
Introducción. La triple paradoja	139
1. La plenitud del hombre	143
2. Cristo, expresión de una plenitud humana en figura particular	146
3. Cristo, expresión de la plenitud de Dios en el mundo	151
4. La plenitud de Dios, mediada en Cristo, presente en la Iglesia	158
Final	160
6. JESUCRISTO, INICIADOR Y CONSUMADOR DE LA SANTIDAD CRISTIANA	163
1. La santidad en la Biblia: Dios y Jesucristo	164
2. La triple abertura de Jesús	174
3. La respuesta del creyente a estas dimensiones de la santidad de Cristo	178
4. Conclusión. La santidad de Jesucristo y la nuestra	182
FINAL. INVITACIÓN ¿A QUÉ CRISTIANISMO?	185
La confesión de la fe cristiana	186
Cristianismo y cristianismos	187
<i>Índice de autores</i>	189

PRÓLOGO

El cristianismo surge de una persona, Jesús de Nazaret; desde dentro de una historia particular, el pueblo judío; con una vocación universal, ser para los hombres de parte de Dios luz, paz, salvación. La comunidad que ha nacido de él, la Iglesia, le ha recordado y confesado, predicado y amado a lo largo de los siglos. Y así continúa proponiéndole hoy en su confesión de fe y en la reflexión de la razón.

Su pretensión a lo largo de los siglos y en todos los contextos culturales en medio de los que ha existido, ha sido ofrecer al hombre experiencia y verdad. La modernidad surge con la voluntad de llegar a un conocimiento en el que el sujeto se sienta afectado por esos saberes. Esto tiene lugar también en el orden religioso. Los grandes místicos españoles, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, son representantes de esa fe que genera *experiencia* y en la que Dios no es un dato, concepto, cosa, sino una presencia reconocida, alguien con quien se puede entrar en contacto como respuesta a su iniciativa al revelarse y dársenos como fuente de vida nueva.

Pero a la vez que experiencia subjetiva particular, el cristianismo ha tenido y mantiene la pretensión de ofrecer *verdad* objetiva universal. Lo que propone no es resultado de la conciencia colectiva, ni el sedimento o proyección de la sociedad para interpretarse a sí misma, ni la creación de un genio, héroe o santo. Se comprende como fruto de una revelación de Dios en la historia, en la que manifiesta sus designios para con el hombre, y a través de ellos manifiesta su propia realidad divina. Los hechos, el mensaje, el destino y la persona de Jesucristo son reconocidos y ofrecidos como fuente de verdad,

de libertad y de esperanza. No se trata de la verdad en sentido científico, filosófico o moral, sino del sentido y de la vida que se derivan del acogimiento de esa palabra de Dios en Cristo. A esa revelación-donación de sí mismo, que Dios nos ha hecho en Jesucristo, se le ha respondido con la fe, el amor y la entrega. Ese es el cristianismo que ha vivido la Iglesia desde sus orígenes hasta hoy.

Experiencia y verdad son inseparables. Un cristianismo sin experiencia está vacío y un cristianismo sin verdad es ciego. Los hombres necesitan no solo saberes positivos, propuestas históricas o utopías escatológicas, sino aquella experiencia que les haga posibles una vida en la paz, en el perdón, en la esperanza. Para responder a esa necesidad surgen hoy movimientos auténticos de espiritualidad; si bien no puede negarse que también aparezcan otros intentos pseudomísticos centrados en un subjetivismo de experiencia individualista, más de naturaleza terapéutica que de relación religiosa con Dios, cuando no de pura magia; propuestas, en fin, que buscan experiencia al margen de la verdad. Ahora bien, el cristianismo no puede reducirse a sola propuesta de experiencia (vivencialismos, sensaciones de profundidad o altura transhumanas) al margen de la verdad real, ni a sola propuesta de verdad sin experiencia personal (positivismo, moralismo, dogmatismo).

En las páginas que siguen, nuestra invitación es doble: pensar y ejercitar el cristianismo, ya que sin ejercitarlo no es posible comprenderlo. El cristianismo implica conocimiento (*gnosis*), forma de vida (*praxis*, discernimiento selectivo, *crisis*) y relación con el futuro absoluto que se nos abre con la fe en Dios (*elpis*). Reclama que el sujeto se ponga en juego conociendo y viviendo las realidades que se le proponen, porque solo en el consentimiento hay conocimiento. Las puertas del Misterio únicamente se abren desde dentro, en la querencia amorosa, y no desde fuera, en la violencia exigente.

El título del libro necesita explicación. ¿A qué invita? A pensar el cristianismo. Ahora bien, este no es una lista de hechos, un sistema de verdades o un código moral, aunque in-

cluye algo de cada uno de esos órdenes. Es ante todo una forma de vida, una praxis personal y una realización en Iglesia. No se llega a una intelección de su propuesta de experiencia y de verdad sin conocer los hechos esenciales de su historia, sin una ejercitación de las exigencias que propone y sin configurar la existencia desde ellas. Por este motivo, para conocerlo no basta con pensarlo; es necesario simultáneamente obrar conforme a él.

He elegido esta perspectiva porque no pocos de nuestros contemporáneos, que se quieren hijos fieles de la Ilustración, reconocen la aportación que la Iglesia hace a la dimensión moral, social y cultural de la vida humana, al margen de los tópicos que se repiten a menudo. Para ellos la dificultad se sitúa en otro orden. Les queda esta duda en el fondo: ¿Es verdad lo que el cristianismo eclesial propone creer? ¿Resisten las afirmaciones cristianas el análisis crítico en el orden intelectual? ¿Responden a exigencias, posibilidades y esperanzas humanas fundamentales? ¿Hay realidad tras los artículos del Credo o son enunciados vacíos?

Junto a esta preocupación me ha impulsado una segunda: clarificar la aportación específica de la Iglesia a la sociedad. El progreso técnico y la maduración social de la humanidad, capaces de proveer con sus propios recursos a casi todas las necesidades de la vida humana, ¿no hacen ya innecesaria a la Iglesia? En medio del pluralismo en que vivimos es urgente responder a esta pregunta: ¿Cuál es la aportación específica del cristianismo en cuanto religión dentro del concierto de las ideologías, de las culturas y de otras religiones? Una Iglesia convertida consciente o inconscientemente en mero altavoz de lo que ofrecen otras instancias se degrada a sí misma, volviéndose primero insignificante y después innecesaria. Su aportación específica a la vida humana es acoger y ofrecer a los hombres la autorrevelación y autodonación que Dios nos ha hecho en la persona de Cristo, en la que van implicadas la revelación del hombre a sí mismo y la afirmación de su valor absoluto como imagen de Dios y prójimo para sus hermanos.

Estos capítulos no presentan una exposición sistemática de los contenidos esenciales del cristianismo ni responden directamente a las preguntas anteriores. Pueden ser leídos por separado, comenzando por donde el lector prefiera. El estilo está a medio camino entre la reflexión del teólogo y la confesión del creyente. Su intención no es otra que ayudar a la inteligencia y a la libertad para creer históricamente con honestidad intelectual y para existir cristianamente con alegría vital. Para proponer, acreditar e invitar a vivir estas realidades existe la Iglesia.

Concluyo expresando mi agradecimiento a quienes han colaborado para hacer posible la publicación de este libro: el Colegio Libre de Eméritos, con su presidente a la cabeza, don Juan Torres, y su secretario general, don Álvaro Delgado Gal; así como a don José Lladó y don Rodolfo Martín Villa, cuya fiel amistad se acredita desde hace decenios.